

D O N D E H U B O F U E G O

El proceso de adaptación
del MLN-Tupamaros a la legalidad
y a la competencia electoral

(1 9 8 5 - 2 0 0 4)

C A P Í T U L O 4 .

L A I N S E R C I Ó N D E L M L N - T U P A M A R O S E N L A L E G A L I D A D (1 9 8 5 - 1 9 8 9)

*«Los tupamaros no eligieron la democracia y la
competencia electoral. La democracia se les impuso».*

*Carlos Casares
Ex integrante del CE del MLN-T*

Desde su creación, a mediados de los sesenta, hasta ahora, la historia del MLN-T puede ser dividida en tres grandes etapas. La primera es la de organización guerrillera propiamente dicha. Aunque sus antecedentes pueden rastrearse al menos hasta julio de 1963 (cuando Sendic y otros revolucionarios robaron los fusiles del Tiro Suizo), el MLN-T propiamente dicho nació en enero de 1966 al celebrarse su I Convención. Durante estos años el MLN-T pasó de ser un puñado de militantes (apenas 50 en 1968) a ser una organización de miles de miembros. A fines de 1972 la guerrilla había sido derrotada militarmente por las FFAA y desarticulada. En ese momento dio comienzo la segunda etapa del MLN-T. Es una etapa de dispersión y de fuerte debate autocrítico. Durante esta etapa se produjo el Simposio de Viña del Mar (1973) que procuró orientar al MLN-T hacia el leninismo y fortalecer su componente proletario.¹⁷ La tercera etapa comenzó en marzo de 1985 y sigue hasta ahora. Si la primera tuvo como contexto la clandestinidad y la segunda transcurrió en la cárcel y el exilio, la tercera etapa del MLN-T corresponde a la de su actuación en la legalidad a partir de la Ley de Amnistía a los presos políticos aprobada al comienzo de la presidencia de Julio María Sanguinetti (marzo 1985).

Durante esta tercera etapa de su ya larga vida (cuatro décadas), el MLN-T experimentó cambios muy importantes que modificaron profundamente su

perfil político. En esta tercera etapa deben distinguirse, a su vez, tres grandes momentos: i) desde 1985 hasta la muerte de Raúl Sendic (abril de 1989); ii) desde la muerte de Sendic hasta las elecciones de 1994; iii) desde esa fecha hasta el triunfo electoral en octubre de 2004.

4.1. El gran abrazo

Como en 1963, cuando una iniciativa suya –el asalto al Tiro Suizo– desencadenó un proceso que culminaría en la creación de un poderoso movimiento guerrillero en Uruguay, le correspondió a Raúl Sendic asumir la responsabilidad histórica de señalar el nuevo camino. A comienzos de 1985, todavía prisionero de la dictadura, Raúl Sendic volvió a anticiparse a sus compañeros y a operar de acuerdo a la vieja lógica de los «hechos consumados». En una carta justamente célebre que su hermano Victoriano leyó en un programa de radio, el viejo líder guerrillero sostuvo que los tupamaros debían deponer las armas, insertarse en la legalidad «sin cartas en la manga», y trabajar por la profundización de la democracia (Blixen 2000: 314-315).

El 14 de marzo de 1985 fueron liberados los últimos presos políticos. Entre ellos, recuperaron la libertad el pequeño grupo de dirigentes del MLN-T (los «rehenes») que, desde 1973 a comienzos de 1984, habían sido encarcelados en condiciones especialmente brutales.¹⁸ Entre ellos había fundadores del MLN-T como Raúl Sendic, Eleuterio Fernández Huidobro, Julio Marenales, Jorge Manera y José Mujica y otros dirigentes como Jorge Zabalza, Mauricio Rosencof y Henry Engler.

De inmediato, los «rehenes» brindaron una conferencia de prensa en la que reafirmaron la posición adelantada por Sendic: teniendo en cuenta las nuevas condiciones políticas abiertas por el fin del régimen autoritario, los tupamaros se comprometían a actuar en la legalidad. Hablando en nombre de los «rehenes», en la Conferencia de Prensa realizada el día de la liberación de los últimos presos, el 14 de marzo de 1985, dijo Eleuterio Fernández Huidobro:

*«En este momento consideramos que se ha abierto una etapa de democracia primaveral en nuestro país. La democracia es un hecho que no está en los votos. Ni está en el resultado de las elecciones. Está en la calle. La democracia en el Uruguay, ésta que hay hoy, es obra del pueblo uruguayo. Y entendemos que esa realidad rompe los ojos, nos rompe los ojos a nosotros también, tiene que ser respetada porque es una orden del pueblo. Entonces, nosotros vamos a cumplir esa orden del pueblo. Vamos a militar y a luchar en el marco de esa democracia que –les repito– a nuestro juicio es primaveral. No es una democracia caduca como la de 1972 y 1971, en la cual avanzaban sobre el pueblo las fuerzas de la reacción».*¹⁹

La decisión de deponer las armas representaba un punto de inflexión impactante en la historia del MLN-T. Para los tupamaros, incluso desde antes de existir formalmente como tales, la única política realmente revolucionaria era la que se hacía armas en mano. En la óptica de Raúl Sendic y los demás

fundadores del MLN-T, los magros resultados obtenidos por los frentes de izquierda en la elección de 1962, que llevaron a Aldo Solari a escribir su punzante «Réquiem para la izquierda», constituían la demostración más evidente de la escandalosa inutilidad de los caminos de creación de «conciencia revolucionaria» que la izquierda uruguaya había recorrido históricamente. Para los tupamaros, lucha armada y política revolucionaria constituían dos conceptos inseparables, dos caras de la misma moneda. Esta definición, simple y tremenda, estaba en los códigos genéticos del nuevo grupo.

Desde luego, hubo polémicas. Pero la consigna de Sendic fue compartida por la inmensa mayoría de los tupamaros que, en sucesivas instancias (reuniones de dirección, Asambleas Consultivas, III Convención), suscribieron este rumbo. «Sendic nos interpretó a todos», dijo en el marco de esta investigación Eleuterio Fernández Huidobro. Astrid Arrarás (1998) presentó abundante evidencia empírica acerca de este punto. Ella concluye que, a fines de 1984, las principales corrientes de opinión dentro de la tradición tupamara tendían a coincidir en que, a partir de la restauración de la democracia, el MLN-T debería privilegiar la acción política legal. Desde Andrés Cultelli y su Movimiento por la Reorganización (en el exilio) a Raúl Sendic, Eleuterio Fernández Huidobro, Julio Marenales y Jorge Zabalza (en la prisión), pasando por el Movimiento de Independientes 26 de Marzo en Uruguay (que venían organizando, en la clandestinidad, desde 1983, dirigentes como Luis Rosadilla y Edmundo Canalda, entre otros)²⁰, los tupamaros percibieron claramente la impactante intensidad del anhelo de redemocratización presente en la sociedad uruguaya. En Uruguay y en el exilio, desde el Penal o fuera de él, durante los años de la dictadura los tupamaros pudieron comprobar con toda claridad hasta qué punto los uruguayos deseaban recuperar la libertad política. Durante los años sesenta, los tupamaros respiraron la densa atmósfera de desafección que fue rodeando a las instituciones democráticas y que constituyó el prólogo de su quiebre. Durante los años del régimen autoritario, también tomaron nota del resurgimiento de la pasión por la libertad y por la participación cívica.

Los tupamaros estuvieron de acuerdo con Sendic en cuanto a que las circunstancias imponían la inserción en la legalidad. Sin embargo, discreparon con él sobre otro tema fundamental: según Sendic, el MLN-T *no* debía ser reorganizado. Los tupamaros debían, desde luego, seguir militando por hacer avanzar la perspectiva revolucionaria pero estaban llamados a inventar nuevas herramientas organizativas. Desde su punto de vista, la «Orga» había sido una herramienta válida para una determinada etapa del proceso político, caracterizada por el avance de la represión. La derrota de la dictadura abría una etapa nueva. Los tupamaros debían contribuir a la construcción de amplios movimientos de masas en torno a los problemas más graves y urgentes. En esa línea fue que, sin esperar el apoyo formal de sus compañeros, organizó el Movimiento por la Tierra y contra la Pobreza.

La sorprendente postura de Sendic generó que, de inmediato, los tupamaros comenzaran a debatir sobre si debían o no reorganizarse. El testimonio de Alba Antúnez es muy esclarecedor:

«Yo salí el 14 de marzo a las 7 y pico de la tarde. Fui la última de las mujeres en salir y por eso me llevé la bandera del Frente Amplio que habíamos fabricado adentro. La camioneta me dejó en la puerta de mi casa. Había muchísima gente que yo no conocía y se armó una «batucada» imponente. Llegó un momento, cerca de la madrugada, que me fui a dormir. A las 7 y media de la mañana vino un auto y dejó una esquelita avisando que nos juntábamos en Conventuales de mañana a discutir sobre la reorganización del MLN. Había dormido dos horas. Le dije a mi padre: ¿qué ómnibus me tomo para ir a Conventuales? Pobres mis padres, pienso hoy. Mi padre me acompañó hasta Conventuales. Esa fue la primera reunión, en la que nos preguntamos, un grupo de compañeros (no éramos más de 20), si valía o no valía la pena reorganizar el MLN. Los que estábamos ahí pensábamos que sí. Pero decidimos que había que consultar con más compañeros. Hicimos entre todos una lista, todos conocíamos a algunos compañeros, y convocamos a una reunión unos días después. La cuestión era discutir la Gran Pregunta».²¹

Al día siguiente de ser liberados de su largo cautiverio, muchos tupamaros ya estaban militando nuevamente. La «gran pregunta» fue debatida durante tres Asambleas Consultivas realizadas los días 20 de marzo, 31 de marzo y 21 de abril. En la primera participaron 116 personas, en la segunda 108 y en la tercera 84. En estas reuniones podían participar todos los militantes, pero eran cerradas al público (Arrarás 1998). En las tres reuniones predominó, abrumadoramente, la posición a favor de la reorganización.

En el proceso de reorganización participaron, según diversos testimonios, cerca de dos mil militantes. Según Luis Rosadilla, aproximadamente la mitad eran nuevos, es decir, no habían tenido participación ni directa ni indirecta en la lucha armada. Vale decir que participó en este proceso de reorganización un grupo relativamente pequeño de los ex guerrilleros. Nadie ha investigado sistemáticamente por qué muchos tupamaros no intervinieron en esta etapa de reorganización. Alba Antúnez insistió en este punto:

«Muchas de mis compañeras no fueron a los Consultivos. ¿Por qué? Habían tenido una política de lucha dentro del Penal. A mí me gustaría saber qué pensaron esas compañeras en ese momento. No lo sé. ¿Qué pensaban las que ya hacía un tiempo que habían salido del Penal? En aquel momento no me lo pregunté. Ahora creo que valdría la pena saberlo. ¿Qué pensaron? ¿Qué sintieron? ¿Qué pensaban que estaba mal de lo que estábamos planteando? Muchos compañeros muy valiosos no volvieron. Claro, se integraron muchos nuevos. Muchísima gente nueva».²²

4.2. Autocrítica y reafirmación revolucionaria

Durante 1985 los tupamaros avanzaron rápidamente en su reorganización. Eran visibles, siempre lo habían sido, profundas diferencias ideológicas. Sin embargo, predominó lo que ellos han denominado «la política del gran

abrazo»: priorizar la preservación de la unidad de la familia tupamara administrando las discrepancias. En ese contexto, por ejemplo, se verificó la unificación del Movimiento 26 de Marzo «en Uruguay» y el MLN-T. En diciembre, el proceso de reorganización culminó con la celebración de la III Convención Nacional (20, 21 y 22 de diciembre). Esta convención, además de elegir el Comité Central y de ratificar algunas decisiones adoptadas por otras instancias organizativas del MLN-T en los meses previos (como la solicitud de ingreso al Frente Amplio o la decisión de actuar legalmente), debatió intensamente las razones de la derrota militar de 1972.

En el proceso de la III Convención fueron presentados 43 planteos de autocrítica. En realidad, este tema venía siendo discutido desde fines de 1972. Ya desde entonces se perfilaban dos grandes interpretaciones de la derrota, que volvieron a expresarse en la III Convención. Un enfoque, defendido fundamentalmente por los dirigentes históricos, consideraba que la derrota del MLN-T se había debido a errores en el terreno de la estrategia político-militar. En realidad, se retomaban y desarrollaban argumentos ya expuestos en la «Carta de los presos», documento escrito por «la dirección histórica del MLN-T y otros compañeros de experiencia», en el Penal de Libertad, a mediados de 1973:

*«Nuestro enfoque centra entonces como factor principal de nuestros errores el agotamiento y por lo tanto la ausencia de la estrategia para la etapa 68-69 en adelante [...]. El error de carácter estratégico es determinante en la medida que no adelanta y prepara la organización para el salto cualitativo que el pueblo, con el aporte de nuestra práctica entre otras formas de lucha, está dando. Impidió así mismo una real contemplación de las formas de lucha como estaba planteado desde el inicio y esbozada estratégicamente en el documento 4 pero que debió visualizarse con anterioridad en cuanto a etapa concreta. Una de las causas principales que explican el quedarnos sin estrategia para la etapa es el problema de la formación, única garantía de control ideológico interno que explica otros errores derivados: la imposibilidad de recambios formados, el paulatino desprecio por la teoría, el paulatino alejamiento de la inserción en los frentes de lucha popular (principalmente en el sector obrero). La imposibilidad práctica en la complementación de las formas de lucha de llevar correctamente el planteo de integrarnos a una lucha de masas. Así como otros errores que se expresaron en desviaciones pequeño burguesas como lo fue el voluntarismo, liberalismo, accionismo (algunos compañeros expresan que en rigor no es una desviación «militarista» en la medida en que no hubo realmente un aparato militar en todo el sentido del término con práctica formación y concepción de ejército), cortoplacismo y un proceso de involución en el desarrollo de las definiciones ideológicas».*²³

El otro enfoque ponía el acento en aspectos ideológicos y no militares. De acuerdo a esta otra visión, la derrota del MLN-T habría sido la consecuencia de insuficiencias teóricas e ideológicas, derivadas, a su vez, de la inconveniente composición de clase de la organización y sus direcciones. Esta versión de la autocrítica también tenía una larga historia dentro de la organización. Distintas

corrientes, desde los partidarios del giro hacia el marxismo-leninismo en el Simposio de Viña del Mar hasta el grupo denominado «Tendencia» del Penal de Libertad, pasando por la «Tendencia Proletaria» que conformara Andrés Cultelli en Buenos Aires,²⁴ habían ido a buscar en la composición de clase del MLN-T y en sus carencias teóricas, las razones de la derrota:

*«En el desarrollo del MLN va configurándose una organización policlasista y polideológica. Policlasista, no porque se nutra de militantes de distinta extracción social (en todas las organizaciones ocurre así) sino porque plantea estratégicamente la defensa de diversos sectores de la sociedad, que constituyen el pueblo, sin ubicar a ninguno de ellos como vanguardia, o como clase cuyos intereses se subordinan a los intereses de los demás sectores. Polideológica, porque coexisten en su seno diversas posturas ideológicas [...]. En el proceso que va desde la infancia de la organización hasta su madurez el MLN se convertirá en la expresión política de las capas medias radicalizadas. A esto contribuyen dos factores, uno externo y otro interno. El externo es la radicalización de los sectores medios de nuestra sociedad a raíz del proceso de agudización de la crisis. Estos sectores que incluyen estudiantes, trabajadores independientes, intelectuales, asalariados y pequeños burgueses propiamente dichos, se expresan políticamente de acuerdo a las pautas ideológicas de la pequeña burguesía: necesidad de respuestas inmediatas, de ver realizados sus frutos en el corto plazo, superficialidad del análisis de lo general, subjetivismo, impaciencia etc. En lo interno es la propia indefinición de la organización que, al absorber nuevos militantes sin patrones ideológicos que la encauzaran permitió que maduraran las posiciones eclécticas, las que más fácil podían conciliar los diversos matices que se incorporan a la lucha y las que más atractivas parecían a lo inmediato [...]. La indefinición ideológica, la primacía de posturas cortoplacistas, el pragmatismo, el militarismo, en suma la primacía ideológica de las capas medias, hizo que todos los esfuerzos se volcaran al fortalecimiento del aparato armado en desmedro del trabajo de organización en las masas. El rumbo estratégico esbozado se perdió siendo sustituido por tácticas circunstanciales («Cacao», secuestros, doble poder, etc.)».*²⁵

La III Convención no logró zanjar esta discusión y no adoptó una decisión definitiva sobre el tema. De todos modos, quedaron claros algunos acuerdos importantes. En primer lugar, los casi dos mil participantes en estos debates nunca cuestionaron haber tomado las armas durante la década del sesenta. Por el contrario, consideraban haber realizado múltiples aportes, entre ellos, haber contribuido a «levantar el nivel de conciencia de las masas». Luego de la derrota del 72, después de haber atravesado la experiencia de la cárcel y de haber debatido las peripecias de la organización, los tupamaros culminaron su primer año en la legalidad ratificando, en la III Convención, su vocación y su tradición revolucionaria.

En segundo lugar, existía también acuerdo en que el MLN-T había subestimado el trabajo de elaboración teórica: «por reacción frente al teorismo de la izquierda, caímos en el error diametralmente opuesto:

descuidamos los problemas teóricos y la actividad formativa».²⁶ En tercer lugar, había cierto acuerdo en que, hacia comienzos de los setenta, la organización no logró incorporar al pueblo a la lucha revolucionaria. Por el contrario, los tupamaros reconocían que, con el paso de los años, el vínculo con la opinión pública en lugar de mejorar había empeorado.

En definitiva, en la III Convención los tupamaros conciliaron la recuperación de su tradición revolucionaria con el «mandato» de defensa de la democracia que habían recibido del pueblo uruguayo. La conciliación de ambas convicciones se manifestó claramente en una decisión muy importante: al finalizar la III Convención, los tupamaros anunciaron públicamente que, llegado el caso, estaban dispuestos a luchar por defender la democracia «hasta las últimas consecuencias». Julio Marenales, al comunicar públicamente las principales conclusiones de estos debates dijo:

*«Queremos señalar con toda la claridad posible que los tupamaros, tal como lo hemos venido haciendo, hemos resuelto ahora, a título expreso, en esta III Convención Nacional, desarrollar nuestra acción en el marco de la legalidad. Es unánime el sentimiento de los tupamaros en el sentido de militar legalmente. De nada valdrán las preguntas capciosas ni las interpretaciones retorcidas, de nada valdrá querer vincularnos caprichosamente a cuanto conflicto se desate en el Continente o en el Mundo. Reiteramos: estamos firmemente decididos a respetar la legalidad y aún más, a no incurrir en ningún tipo de actitud que pueda ser manejada como una ocasión para que los enemigos del pueblo desaten sobre éste el peso de su violencia organizada y alevosa. No daremos motivo. Pero alertamos al pueblo en el sentido de que hay fuerzas reaccionarias que esperan su oportunidad. Si la agresión de dichas fuerzas violentas y armadas, vuelve a descargarse sobre las espaldas del pueblo será necesario que éste se encuentre unido por encima de las actuales diferencias políticas [...] para pelear hasta las últimas consecuencias por la defensa de nuestros hijos y la tranquilidad de nuestros hogares amenazados. Que los golpistas tengan clara conciencia de que nos encontrarán a todos dispuestos a ir hasta el final en la lucha por detenerlos».*²⁷

Como veremos más adelante, los tupamaros se tomaron muy en serio esta decisión.

4.3. El mapa de la interna

Más allá de las coincidencias explicitadas durante los debates de la III Convención, subsistían diferencias importantes entre los tupamaros. Ordenar estas diferencias y clasificar a los tupamaros en corrientes de opinión no es tarea sencilla: las ideas políticas no siempre coinciden con las lealtades personales o con el lugar de militancia dentro de la «Orga». Sin embargo, es imposible comprender la evolución del MLN-T sin, aun corriendo el riesgo de simplificar demasiado, recortar dos polos con identidades ideológicas y referentes políticos claros: en un extremo los *frentegrandistas*, en el otro los *proletarios*.

Frentegrandistas

Para algunos, que se identificaban con los planteos que Raúl Sendic había venido formulando desde 1984, la coyuntura democrática era una gran oportunidad para hacer avanzar el grado de conciencia, organización y lucha popular. El MLN-T debía sacar el máximo provecho de las instituciones políticas.²⁸ Para estos militantes, no había nada tan importante como multiplicar la zona de contacto entre el MLN-T y el pueblo. Ese era el gran desafío de la organización.

La prioridad a la apertura hacia las masas era compartida por un grupo minoritario pero calificado de militantes del MLN-T, auspiciados por el propio Raúl Sendic. Entre otros, participaban de esta visión, Edmundo Canalda, Diego Piccardo, María Elena Curbelo, Washington Rodríguez Belletti, Alba Antúnez y los dirigentes del Frente Juvenil.

El propio Sendic impulsó la creación de un Movimiento por la Tierra, dirigido a crear cooperativas de productores en terrenos expropiados por los bancos a los deudores o en tierras de grandes latifundistas (ver Anexo). La «Cruzada por la Tierra» era uno de los núcleos programáticos de su propuesta de Frente Grande, una gran alianza social y política en torno a un programa «mínimo» de soluciones a los principales problemas del país (la «sangría» de la deuda externa, la pobreza, la necesidad de tierra de los trabajadores del campo, la falta de crédito para los emprendimientos productivos).

Al mismo tiempo, los partidarios de la política de «tranqueras abiertas» impulsaron la realización de actos públicos. Sendic había presionado mucho en este sentido a comienzos de 1985. Estaba convencido, según el relato de Blixen, de la posibilidad de realizar un acto en el Estadio Centenario (2000: 319). La propuesta no fue atendida.

Mate Amargo y Radio Panamericana

Todas las actividades que se han mencionada hasta ahora fueron importantes para la reconstrucción del vínculo entre el MLN-T y la ciudadanía. Sin embargo, la cara más visible de la organización durante estos años fueron sus medios de comunicación (*Mate Amargo* y *Radio Panamericana*). Curiosamente, los medios de prensa que jugarían un papel fundamental en la divulgación de las ideas frentegrandistas de Sendic fueron creados con su reserva: «¿Para qué queremos nuestra propia capilla si todas las iglesias se nos abren?», decía. El líder tupamaro era fiel a sus viejas ideas sobre el papel negativo que habría jugado la prensa de los partidos de izquierda, cristalizando las diferencias y obstaculizando los procesos de unidad. Luego, cuando verificó el enfoque y el alcance de esos medios, los apoyó decididamente.

Los primeros planteos sobre este tema fueron formulados en la Comisión de Prensa, constituida a principios de 1985, que integraban Mauricio Rosencof, Miguel Ángel Olivera, Germán Vidal y Carlos Núñez. Uno de los planteos analizados y descartados por esta comisión fue la propuesta realizada en mayo por Federico Fasano de participar en la dirección del diario que, por ese entonces, estaba planificando editar. A partir de octubre de 1985, en el marco

del proceso de unificación con el Movimiento 26 de Marzo en Uruguay, comenzó a evaluarse la posibilidad de publicar *Mate Amargo*. En ese momento, en la Comisión de Prensa trabajaban también Jorge Torres, Sonia Mosquera y Edmundo Canalda. La revista debía combinar amplitud y profundidad. Al mismo tiempo debía ser «instrumento de lucha política», «instrumento de lucha ideológica» e «instrumento complementario de la política de formación de cuadros». Estaba pensada como «la tribuna» en donde se expondrían «de un modo exhaustivo pero al mismo tiempo accesible, un conjunto de proposiciones políticas». Fiel a su tradición, el MLN-T insistía en que el «lenguaje» de su revista debía ser «claro, popular, original».²⁹

El miércoles 19 de julio de 1986 se publicó el primer número de *Mate Amargo* (que salía el primer y el tercer miércoles de cada mes). Según el testimonio de Edmundo Canalda, su primer director, rápidamente logró un número de lectores importante: «comenzamos tirando 8 o 9 mil [...] y después de los diez números ya estábamos en los primeros lugares. El calor popular se hizo sentir y creo que fue por el número 13 o 14 que llegamos a los 23 mil ejemplares». Para Canalda, las principales virtudes de la publicación fueron «su independencia partidaria, su enfoque popular, su lenguaje».³⁰ De todos modos, el éxito de *Mate Amargo* no sólo debe explicarse por las especiales características de su enfoque político y periodístico. Su alta penetración se apoyó también en un importante esfuerzo de los militantes tupamaros.³¹

Según Eleuterio Fernández Huidobro, *Mate Amargo* siempre fue polémico. Nadie cuestionaba el «enfoque popular». En cambio, sí había críticas al «lenguaje» (había quienes opinaban que la izquierda tenía que usar un «tono más doctoral») y a la «independencia política» de la revista. Esta era la crítica más dura: muchos militantes del MLN-T consideraban que la revista debía «dar más línea», «servir para organizar a la gente», «aportarle elementos teóricos e ideológicos». Cuando, gracias a la intermediación de Hugo Batalla ante el Ministerio de Defensa, el MLN-T accedió a su propia radio (*Panamericana*, inaugurada el 19 de junio de 1988), Canalda dejó su puesto en *Mate Amargo* y fue sustituido por Diego Piccardo. Bajo la orientación de Canalda, la radio llevó adelante un estilo de comunicación similar al de *Mate Amargo*. Las mismas críticas que antes llovían contra la revista, empezaron a caer sobre la radio.

El Frente Juvenil

En el marco del proceso de reorganización del MLN-T se constituyó en 1985 el Frente Estudiantil. Se estructuraba en tres «mesas» (Secundaria, Universidad y UTU) dirigidas por un secretariado en el que se combinaban dos generaciones de militantes estudiantiles, la de quienes habían pasado por el Frente Estudiantil Revolucionario-68 (como Reggina Stratta, Julio Calzada y Renato Taboada) y la de quienes habían participado en la organización de las nuevas asociaciones de estudiantes (ASCEEP-FES, ASCEEP-FEUU) al final de la dictadura (como Miguel Idoyaga).

En 1987, a propuesta del propio Frente Estudiantil, se formó el Frente Juvenil del MLN-T. Se consideraba que la problemática estudiantil era una de las dimensiones relevantes del problema, más general, de los jóvenes uruguayos. Desde el comienzo, el Frente Juvenil se estructuró como uno de los «frentes de

masas» de la organización. Se le reconocía, por ende, un papel específico relevante y cierta autonomía operativa. Su vínculo con el Comité Ejecutivo del MLN-T fue, entre 1985 y 1989, Eduardo León Duter. Durante el segundo semestre de 1989 León Duter fue sustituido en esta tarea por Jorge Zabalza en el marco de un incremento notorio de la tensión entre el Frente Juvenil y el «aparato» del MLN-T.

El Frente Juvenil tenía una intensa actividad en el movimiento estudiantil, tanto en Secundaria como en la Universidad. Sin embargo, además, logró tener una presencia fuerte en actividades de base territorial, como la Coordinadora Anti-Razzias, conformada durante el primer semestre de 1989.³² Las movilizaciones contra las razzias se terminaron transformando en un problema para el Presidente Sanguinetti. El 27 de julio, al día siguiente de la muerte de Guillermo Machado,³³ Antonio Marchesano debió renunciar al cargo de Ministro del Interior.

El Frente Juvenil tuvo una relación muy especial con Raúl Sendic. Siempre que podía, el líder tupamaro participaba en las reuniones del Secretariado del Frente Juvenil en las que solía hablar de los temas que más le interesaban en ese momento como las promesas y desafíos del desarrollo científico y tecnológico.³⁴ La empatía con Sendic no se alimentaba sólo de mística. La mayoría de los integrantes del Frente Juvenil coincidían con el planteo frentegrandista. Tenían una vocación muy especial y una indudable aptitud para el trabajo con los movimientos de masas. Al mismo tiempo, como el propio Sendic, tenían poco afecto por el Frente Amplio y escaso interés en la lucha electoral.

También los acercaba a Sendic su preocupación por la integración de científicos, técnicos y profesionales a la política: «Sendic no subestimaba a los universitarios. No en vano, él mismo se había graduado como Procurador y había ejercido su profesión».³⁵ Para el Frente Juvenil este aspecto era muy importante. En aquél MLN-T no era fácil explicar que un militante tuviera, además del proyecto político, un proyecto personal: terminar una carrera universitaria, ejercer una profesión, construir un hogar.

Este último aspecto les hacía sentir un respeto especial por el ingeniero Jorge Manera, quien se reintegró a la militancia en el MLN-T (hasta su «licencia» en 1989, Ver Anexo) pero, al mismo tiempo, reconstruyó su vida familiar y laboral. Desde luego, también reivindicaban de Manera su insistencia en que el militante tupamaro debía distinguirse en el movimiento popular por ciertos «Valores Ideológicos Básicos»: honestidad, modestia, espíritu de sacrificio, tenacidad, disciplina, creatividad, iniciativa, concordancia entre la idea y la acción, trabajo colectivo, lenguaje claro y sencillo, respeto por la opinión ajena, etc. Los VIB, como los denominó la «cultura del acrónimo» tupamara, fueron tema de discusión permanente dentro la organización. Los militantes del Frente Juvenil compartían esta visión casi espartana de la militancia, teorizada por Manera, que veían encarnada en diferentes figuras del movimiento revolucionario, desde el Che Guevara al propio Sendic.

Proletarios

En el Frente Sindical y entre los militantes de los barrios de la periferia norte y oeste de Montevideo (Zonales 3 y 4) prevalecían los *proletarios*. Algunos de los más destacados integrantes de esta corriente eran Julio Marenales, Andrés Cultelli,³⁶ Mario De León, Jorge Zabalza, Nora Castro, Roberto Villanueva, Irma Leites y Hugo Leytón.

Una manera sencilla de definirlos consiste en decir que fueron el polo opuesto de los *frentegrandistas*. Al debatir la autocrítica, habían tendido a coincidir en explicar la derrota de la organización por sus «carencias» ideológicas y teóricas, y por la baja presencia de obreros. Para ellos era fundamental que el MLN-T abrazara el marxismo-leninismo y jerarquizara el papel de la clase obrera como actor central del proceso revolucionario. Insistían mucho en la importancia de la instrucción política en el marxismo-leninismo, priorizaban la inserción en el movimiento sindical y reclamaban el reclutamiento de obreros. En este sentido, representan la continuidad de la línea de reflexión autocrítica de quienes reclamaron, en Viña del Mar, un giro marxista-leninista y la «peludización» del MLN-T, de la «Tendencia Proletaria» de Andrés Cultelli en el exilio, y de la otra «Tendencia Proletaria», constituida en el Penal de Libertad.

Mientras que los *frentegrandistas* tendían a ver el escenario de la democracia restaurada como una oportunidad para el movimiento popular, para los *proletarios*, no había que hacerse ilusiones: la democracia seguía siendo, como habían enseñado Marx y Bakunin, una forma especialmente sutil de dominación social. Esta democracia uruguaya, en particular era, en realidad, una «democracia tutelada», hija de la transición pactada entre partidos y militares.

Mientras que los *frentegrandistas* depositaban sus expectativas en la posibilidad de grandes alianzas políticas y sociales que permitieran hacer avanzar un programa mínimo de soluciones a la crisis, los *proletarios* vislumbraban, a mediano plazo, un fuerte ascenso de la lucha de clases que sería inexorablemente seguido por un endurecimiento de la represión contra el movimiento popular. Este proceso desembocaría, a su vez, en una «confrontación generalizada». El MLN-T debía prepararse política y militarmente en esa perspectiva, para convertir ese «nuevo 73», ahora sí, en una insurrección popular triunfante.

Así como los *frentegrandistas* se concentraron en construir amplios canales de comunicación con la sociedad, los *proletarios*, consecuentes con su visión de las causas de la derrota del 72, procuraron en esta etapa que el MLN-T profundizara en la elaboración de su teoría de la revolución, se blindara ideológicamente y fortaleciera su componente obrero. Por eso mismo, tuvieron una participación decisiva en la elaboración de las «resoluciones» de la IV Convención (celebrada entre el 19, 20 y 21 de junio de 1987 en el Platense Patín Club) y lograron que los documentos del MLN-T reflejaran, en buena medida, su visión de la coyuntura política y del proceso revolucionario. De hecho, las resoluciones del IV Convención recogieron las propuestas contenidas en el denominado «documento de los 22», redactado por Andrés Cultelli, Jorge

Zabalza, Julio Marenales y Roberto Villanueva.³⁷

El planteo estratégico aprobado por el MLN-T en la IV Convención, en líneas generales, era similar al formulado durante los años de la guerrilla: se seguía pensando el proceso revolucionario uruguayo de acuerdo al esquema etapista clásico en los años sesenta (primera fase democrática de liberación nacional, seguida de una segunda fase socialista) y se seguía enunciando la necesidad de construir la «fuerza motriz de la revolución» (el «frente de liberación nacional»), integrado por muy diversos sectores sociales.

Sin embargo, el avance de las posiciones marxistas y leninistas defendidas muy especialmente por los *proletarios* se manifestó en un cambio importante: en la IV Convención los tupamaros explicitaron que «en el Uruguay, la clase obrera juega el rol directriz y determinante en la lucha por la liberación nacional y el socialismo».³⁸ Al mismo tiempo, más como concesión a Sendic y los *frentegrandistas* que por convicción, el documento incorporó la idea de Frente Grande, pero planteada en los términos siguientes: «El Frente Grande será el reflejo, en lo social y político en la lucha contra el capital financiero y por la democracia y marcará un paso en el camino hacia la construcción del futuro frente de liberación nacional».³⁹ El planteamiento estratégico, como es de orden en las organizaciones revolucionarias, venía seguido de una tesis sobre las «vías» de la revolución. En la IV Convención este tema se formuló en los términos siguientes:

«Se entiende por vía, el camino por el cual va a transitar el proceso hacia la toma del poder. Que la vía sea pacífica o violenta no depende sólo de las fuerzas populares, sino también, de las fuerzas reaccionarias que se oponen a las transformaciones necesarias y que históricamente han utilizado todos los medios a su alcance, incluso las armas, para oponerse al cambio.»

- 1) *Para llevar adelante los cambios estructurales es necesario resolver la cuestión del poder y la vía para alcanzarlo.*
- 2) *Debemos desarrollar un proceso de acumulación de fuerzas políticas y sociales, de organización y de formación ideológica.*
- 3) *Este proceso va a ser largo; en él caben avances y retrocesos. En ese camino hacia el poder se irán produciendo cambios en la correlación de fuerzas a favor del pueblo.*
- 4) *En dicha confrontación, los enemigos del pueblo recurren a todos los resortes del poder del Estado para liquidar todo intento que afecte sus intereses.*
- 5) *El pueblo va a desarrollar distintas formas de lucha. Ellas van a depender de condiciones objetivas y subjetivas (conciencia, organización y dirección revolucionaria). Las condiciones objetivas determinan a las subjetivas, mediando como dinamizadora la organización revolucionaria. Es tarea de la organización revolucionaria impulsar el desarrollo de la conciencia política de las masas en el marco de la lucha de clases. De igual manera debe impulsar la formación de distintos instrumentos organizativos que encaucen la participación de las masas en la lucha revolucionaria en sus distintas*

formas.

- 6) *Todo este proceso culminará en una confrontación generalizada, donde la lucha política expresada en distintas formas llevará a la solución final de esta contradicción, ya que instaurará un régimen popular, democrático y revolucionario que sustituirá el aparato de que se valen las clases dominantes para la defensa de sus intereses».*⁴⁰

Esta idea («todo este proceso culminará en una confrontación generalizada») aparecía muy frecuentemente en los documentos sobre estrategia del MLN-T de esta etapa. Los tupamaros seguían pensando que la violencia revolucionaria era inevitable como «partera» de la revolución.

Los *proletarios* se ocuparon también de promover que el MLN-T montara «escuelas de cuadros» con la finalidad de impartir cursos sobre materialismo histórico, materialismo dialéctico, economía política, historia y realidad nacional, historia de los procesos revolucionarios. Asimismo, se elaboró una «bibliografía mínima» de estudio, obligatoria par todos los militantes del MLN-T», sobre la base de «obras de Marx, Engels y Lenin», aunque se admitía la posibilidad de incluir, además, otros autores. En la misma línea de intensificar el trabajo ideológico y teórico, obtuvieron el apoyo necesario para crear una revista teórica (Comité Central de setiembre de 1986). En junio de 1987 apareció el primer número de *Germen*, bajo la dirección de Mario de León (figura destacada del Frente Sindical). El consejo de redacción estaba integrado por Ricardo García, Irma Leites y Hugo Leytón. También, y en forma paralela a *Mate Amargo*, se editó el quincenario *Tupamaro*, bajo la dirección de Jorge Zabalza, con fuerte contenido ideológico y baja repercusión fuera del MLN-T.

De todos modos, aunque su prioridad fuera la reconstrucción del «aparato» del MLN-T, los *proletarios* asignaban una gran importancia a la construcción de los vínculos con «las masas», especialmente en las zonas de concentración obrera. Desarrollando esta idea, dijo Zabalza en el marco de este trabajo: «La primera mateada se organizó en La Teja, ex Plaza Lafone. La organizaron los del grupo MLN-T del barrio (...). En ese momento eran todos *proletarios* y recién liberados. La idea de la mateada fue tomada por Rodríguez Beletti y los «celestes» (ex seispuntistas) que organizaron el taller de propaganda y extendieron la práctica a todo el Uruguay. O sea que los *proletarios* nos dábamos maña en la búsqueda de instrumentos para establecer vínculos con las masas».⁴¹

Las «mateadas» tuvieron mucho éxito. Eran actos barriales, sin protocolo ni estrado, en el que los dirigentes tupamaros, munidos solamente de un micrófono, dialogaban con los vecinos. Según un boletín interno cumplían un doble cometido: «Las mateadas constituyen la demostración clara de que el MLN se mueve en el marco de la legalidad vigente. Que el pueblo vea de cerca a los terroristas y asesinos de la leyenda negra, que el pueblo conozca de cerca las caras que aparecían *desfiguradas* en la prensa burguesa. Y, el conocimiento o, mejor dicho, el reconocimiento, es mutuo. Los amnistiados y los desexilados reconocen las caras, las múltiples caras, que ofrece el pueblo uruguayo».⁴²

Proletarios y comunistas

La importancia dada por los *proletarios* al problema ideológico, y a la necesidad de elaborar una teoría de la revolución uruguaya apoyada con absoluta coherencia en el marxismo-leninismo, los acercaba a las posiciones tradicionalmente sostenidas por el Partido Comunista uruguayo. Recuérdese que, desde la instalación del MLN-T en adelante, el PCU había polemizado muy duramente con los tupamaros. Es posible que el extenso contacto entre comunistas y tupamaros en la cárcel haya dejado una huella en los tupamaros y reforzado la posición de quienes venían propiciando, siguiendo la brecha abierta por el Simposio de Viña del Mar, una autocrítica ideológica dentro del MLN-T.

De acuerdo a los testimonios de Fernández Huidobro y de Irma Leites esta hipótesis es plausible. La influencia de los comunistas se dio por muchas vías, en la cárcel, en el exilio. «Hubo muchos tupas que se fueron lisa y llanamente al PC y otros que se quedaron pero adoptaron la teoría completa», señaló Fernández Huidobro.⁴³ Según él, consciente o inconscientemente llevaban adelante algunos de los planteos históricos de los comunistas. Refiriéndose a la dirección que llevó adelante el Simposio de Viña del Mar, pero disparando, por elevación, contra los *proletarios* que seguían actuando dentro y fuera del MLN-T, escribió: «Por otra parte, nadie ignora que esta tesis: ‘el MLN es una organización pequeñoburguesa’, tenía y tiene autor con derechos legítimos (los demás eran y son vergonzantes plagiarios. La ‘tesis’ fue, desde mucho antes, el gran caballo de batalla de la más grande fuerza cultural y política de la izquierda uruguaya: el Partido Comunista» (Fernández Huidobro 2001: 46).

Irma Leites también señaló la influencia de los comunistas sobre las presas del MLN-T:

«El contacto con el Partido Comunista en la cárcel incidió muchísimo en los compañeros del MLN. Esta incidencia no fue positiva, fue negativa. Muchas compañeras y compañeros salieron de la cárcel afiliados al PC. [...]. De todos modos, la autocrítica que dice que nos faltó teoría revolucionaria, aunque coincidía con lo que podían decirnos los comunistas, tuvo raíces autónomas. Desde el comienzo hubo en el MLN gente que reivindicó la necesidad de la formación, de estudiar otros procesos revolucionarios de otros países. [...]. Hubo compañeros nuestros que aceptaron cursos de formación que se instrumentaron en la cárcel, por ejemplo en Punta Rieles, donde las compañeras del PC eran las que hablaban del marxismo leninismo, de la de la teoría del Partido de Lenin... Las compañeras del MLN no podían contrarrestar esto. El militante promedio del MLN tenía menos manejo de la teoría que el del PC. [...]. Además, hay otro tema, las comunistas tenían más años de militancia social. Nosotras éramos más jóvenes, 19, 20 años».⁴⁴

Ni proletarios, ni frentegrandistas

En el fondo, *proletarios* y *frentegrandistas* se disputaban la tradición tupamara. La corriente conformada en torno a Sendic era la mejor expresión de la enorme ambición política del MLN-T inicial, siempre orientado a encontrar

el atajo hacia el poder y la revolución; de su sorprendente capacidad para pensar el proceso de cambios progresistas en Uruguay de un modo diferente, rompiendo con los moldes teóricos del resto de la izquierda; de su desconfianza respecto al leninismo y cualquier otro enfoque dogmático; de su enorme tolerancia a la diversidad teórica e ideológica dentro de la organización revolucionaria. La corriente de los *proletarios* era la expresión de otra faceta básica de la identidad del MLN-T inicial: su convicción en el papel decisivo e irremplazable de la lucha armada, su predisposición hacia los aspectos militares de la lucha revolucionaria, su vocación por transgredir los límites institucionales del Estado y de la legalidad, su desapego respecto a las «formalidades» democráticas.

Había una tercera corriente que también pretendía ser la más auténtica expresión de la mejor tradición tupamara. No se sentían identificados con ninguno de los dos polos. Compartían algunas de las ideas de unos y de otros. Salvo Sendic, que claramente lideraba una de las corrientes y el trío integrado por Jorge Zabalza, Julio Marenales y Andrés Cultelli, que aparecían como los principales referentes de la otra, la mayoría de los «rehenes» y de los dirigentes históricos del MLN-T formaban parte de este subconjunto. Además, se inclinaba hacia esta suerte de punto medio la mayoría de los militantes tupamaros que habían ayudado a reconstruir el Movimiento 26 de Marzo «en Uruguay», desde comienzos de la década del ochenta. Los principales referentes de esta posición intermedia y esencialmente articuladora eran Eleuterio Fernández Huidobro y José Mujica. Junto a ellos, hay que mencionar también a Jorge Quartino, Eduardo León Duter y Eduardo Bonomi.

Como no tuvieron una identidad claramente definida, no corresponde hablar de una corriente de opinión propiamente dicha. Pese a su heterogeneidad, jugaron un papel muy importante en la articulación de las diferencias entre los dos polos y, por ende, fueron decisivos en la conservación de la unidad de la organización. Expresaron, en este sentido, otro de los aspectos más destacados de la matriz original del MLN-T: su capacidad para hacer convivir diferentes ideologías y enfoques políticos.

Aunque no era en ese momento un dirigente tan influyente como Fernández Huidobro, José Mujica jugó un papel muy importante en la preservación de la unidad del MLN-T. El testimonio de Alba Antúnez es especialmente esclarecedor:

*«Mujica fue importantísimo en la primera época de la reorganización. Desde el principio jugó un papel de articulador fundamental. Sin él no hubiera sido posible mantener el MLN. Él hizo los equilibrios internos, era como una bisagra: entre los viejos; entre los viejos y los jóvenes; entre las distintas tendencias; entre el MLN y otros sectores políticos. Era capaz de articular las posiciones más extremas. Entendía las historias y los dramas de los viejos. Pero también entendía los planteos nuevos».*⁴⁵

Desde el comienzo, Mujica apostó a conciliar las diferencias internas y no a radicalizarlas. Fue un factor de unidad y no de ruptura. Mujica pensaba que era muy importante que los tupamaros lograran reorganizarse. Para ello, la

«dirección histórica» y los «rehenes» tenían un papel decisivo a jugar. Así lo dijo en su primer discurso público, en el acto organizado por el Movimiento 26 de Marzo «en Uruguay» en el Platense, el 17 de marzo de 1985:

*«Y no venimos a llorar nuestros dolores y nuestras penas, simplemente a dejar bien clarito que el puñado de viejos que van quedando tiene nítidamente claro que apenas es un palito, que debe funcionar, para que la colmena se aglomere en rededor: lo esencial no es el palito, sino la colmena».*⁴⁶

No fue el único que jugó este papel. A su manera, también Fernández Huidobro fue un factor de unidad. Con la misma facilidad que Mujica era capaz de acercar personas y generaciones, Fernández Huidobro mezclaba palabras y visiones teóricas. Por eso mismo, por su destreza para construir soluciones eclécticas en el plano de la teoría, Eleuterio Fernández Huidobro ha jugado siempre un papel destacado en la elaboración de los documentos teóricos del MLN-T.

Ciertamente, en este grupo intermedio podían reconocerse matices. Algunos, como Mujica, mostraban mayor simpatía por las tesis de los *frentegrandistas* que por las de los *proletarios*. En un reportaje en *Mate Amargo* de octubre de 1987, formulaba estas ideas en los términos siguientes:

*«En la encrucijada que vive el país hay que ponerle el hombro desinteresadamente a planteos que vistos desde un ángulo teórico ortodoxo pueden parecer reformistas. Con esta prevención: si el instrumento político nos da como para plantear una nacionalización de la banca, es posible que la propia oligarquía nos venga a romper los huesos. (...). Si nos equivocamos en la prevención que tenemos, con esa desconfianza de viejo mochilero, llegará el momento de decir: ‘tenemos que hacernos la autocrítica, en este país fue posible a un costo social menor realizar cambios que nosotros pensábamos que la oligarquía no iba a permitir’. (...). No siento ninguna clase de rubor y, es más, creo que es un paso revolucionario, poner el hombro desinteresadamente a cualquier fórmula política que le de participación a gente para luchar por tres o cuatro cambios que son fundamentales, y en última instancia, que la historia defina cuál es la verdadera actitud revolucionaria».*⁴⁷

En el eje *frentegrandistas-proletarios*, Fernández Huidobro se acercaba más a algunas posiciones de los *proletarios*. Ciertamente, tenía grandes diferencias con ellos en el terreno teórico. No suscribía la explicación «ideológica» de la derrota del 72. Para este dirigente, la derrota había sido militar y no teórica o ideológica. Sin embargo, coincidía con los *proletarios* en numerosos aspectos de coyuntura y estrategia, desde la crítica al manejo de los medios de comunicación realizado por los *frentegrandistas*, hasta la reivindicación de la necesidad de combatir el «retroceso ideológico» en la izquierda mediante la consolidación de un «polo revolucionario» al interior del Frente Amplio. También se acercaba a los *proletarios* en la valoración de la centralidad que debían tener los temas militares en cualquier organización pretendidamente revolucionaria.

4.4. Una interna disputada y equilibrada

En la IV Convención ninguna de las tendencias logró prevalecer decididamente sobre las otras. Los principales referentes del ala «proletaria» y marxista-leninista tuvieron, como se dijo líneas arriba, una participación decisiva en la redacción de los documentos estratégicos pero, según la práctica habitual en el MLN-T, debieron incorporar (en aras de la unidad) algunos de los principales puntos de vista de las otras corrientes de opinión. El eclecticismo se refleja, por ejemplo, en que la propuesta de un Frente Grande (la obsesión de Sendic) convive con la convocatoria a la creación del «polo revolucionario» al interior del FA (la idea fija de quienes querían «luchar contra las tendencias reformistas» dentro de la coalición de izquierda) y con la perspectiva, a largo plazo, de la «confrontación generalizada» (que caracterizaba muy especialmente a los *proletarios*). A la hora de elegir el nuevo Comité Central, los *proletarios* quedaron en minoría frente al peso político de los otros dirigentes históricos como Fernández Huidobro y Sendic. Los *proletarios* ganaron las principales batallas ideológicas pero no la conducción política.⁴⁸

El equilibrio entre las distintas tendencias se componía de otros factores. Los *proletarios* eran muy influyentes dentro de la organización pero tenían relativamente poco peso en la sociedad. De hecho, hicieron un gran esfuerzo por insertarse en el movimiento sindical pero les resultó muy difícil romper el predominio impuesto por el Partido Comunista y otras organizaciones de izquierda, luego del derrumbe del PCU. Aun así, los *proletarios* lograron tener un papel importante en varios sindicatos en los que animaron conflictos de relieve. Entre ellos debe mencionarse CUTCSA (Freddy Arduso), SUANP (Jorge Balmelli y Néstor Luisis), ANCAP (Embert Martínez), El Espinillar (Catanni y Aramburu), AFE (Silvia Carrero y Carmen Melo), UNTMRA (especialmente en el conflicto de ISABELLA), FUNSA (Julio Rosa), SUNCA (agrupación «20 de mayo»), Magisterio (Nora Castro), y los sindicatos de la industria de la bebida y de la química (especialmente en COLAGEL y Juan Benzoe).⁴⁹

Participación del MLN-T en la composición de la dirección sindical (1985 -2003)

| CONGRESO | III 1985 | IV 1990 | V 1993 | VI 1996 | VII 2001 | VIII 2003 |
|----------|----------|---------|--------|---------|----------|-----------|
| MLN/MPP | 1 | 1 | 0 | 1 | 2 | 1 |
| TOTAL | 16 | 14 | 16 | 13 | 13 | 13 |

Fuente: elaboración propia a partir de Doglio, Senatore y Yaffé (2004: 258).

Las ideas generadas desde la familia tupamara que tenían mayor impacto público eran, desde luego, las de Raúl Sendic. Como vimos, dentro del MLN-T sus posiciones eran apoyadas por una corriente minoritaria. De hecho, todos los testimonios coinciden en que la participación de Sendic en la vida de la organización durante esa época era marginal.⁵⁰ Sin embargo, las mismas ideas

que eran tomadas con reticencia por la mayoría de sus compañeros generaban verdaderos terremotos políticos fuera de la organización. Esto se debe, al menos, a tres razones. En primer lugar, Sendic había sido y seguía siendo el principal símbolo del MLN-T. Lo que él dijera, más allá de los documentos oficiales de las convenciones y de las resoluciones de los distintos órganos de dirección del MLN-T, era, para todo el mundo, la posición oficial de los tupamaros. En segundo lugar, como se dijo un poco más arriba, el influyente aparato de medios de comunicación (la cara más visible del MLN-T) reproducía, en esencia, los planteos *frentegrandistas* de Sendic. En tercer lugar, la propuesta del Frente Grande logró una repercusión pública muy especial porque despertó una fuerte resistencia en importantes sectores del Frente Amplio. Observemos este tema un poco más de cerca.

4.5. El pleito entre amplitud y profundidad

En realidad, a lo largo de todos estos años, la relación entre el MLN-T y el FA fue muy conflictiva. Por un lado, el 11 de abril de 1986, José Mujica, David Cámpora, Washington Rodríguez Belletti y Luis Rosadilla, en nombre del Comité Ejecutivo del MLN-T, enviaron una carta al Plenario del Frente Amplio solicitando formalmente el ingreso del MLN-T a la coalición de izquierda. Fundamentaban esta solicitud de ingreso en «razones históricas» y «motivos actuales» (MLN-T 1989: 29). Entre las razones históricas, los tupamaros invocaban, en primer lugar, la «Declaración del MLN-T de adhesión al Frente Amplio», dada a conocer públicamente en diciembre de 1970. En este documento, manifestaron no creer que en el Uruguay, se pudiera «llegar a la revolución por las elecciones»: «no es válido –decían, refiriéndose al caso chileno– trasladar las experiencias de otros países». Y agregaban: «Mantenemos nuestras diferencias de métodos con las organizaciones que forman el frente y con la valoración táctica del evidente objetivo del mismo: ganar las elecciones. Sin embargo, consideramos conveniente plantear nuestro apoyo al Frente Amplio». Valoraban al Frente Amplio como un «importante intento de unir a las fuerzas que lucha contra la oligarquía y el capital extranjero» (MLN-T 1989: 11). En segundo lugar, entre las «razones históricas», invocaban la creación del Movimiento de Independientes 26 de Marzo y la activa participación de sus militantes en los comités de base del FA, desde 1971 en adelante. Además, se justificaba la solicitud de ingreso apelando a «motivos actuales»: «se fundan en el interés y deber del MLN-T de fortalecer la alianza de las fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas de este país». Luego, el documento hace referencia a las distintas instancias orgánicas en las que los tupamaros debatieron y aprobaron el ingreso al FA, desde la Asamblea representativa de delegados realizada el 1° de setiembre de 1985 hasta la reunión del Comité Central del 2 de marzo de 1986 que dio fin al «prolongado y estudioso análisis» de la política a seguir hacia el FA por parte del MLN-T (MLN-T 1989: 29).

Por otro lado, al mismo tiempo que esperaban que el FA tramitara su solicitud, los tupamaros cuestionaban muy severamente la política llevada adelante por la dirección frenteamplista y lanzaban la polémica propuesta de un Frente Grande. En el fondo, seguían pensando, como en 1971, que el FA, tal como estaba integrado y posicionado políticamente, no era una herramienta

demasiado útil para el proceso de cambios en el país. En primer lugar, el FA no era suficientemente «combativo». Para los tupamaros, el FA, fiel a la tradición reformista de la mayoría de los partidos que lo integraban, llevaba adelante un estilo de oposición timorato, contemporizador. Los tupamaros consideraban que seguía imperando la lógica «acuerdista» que había llevado a la izquierda al Pacto del Club Naval. Una de las consecuencias más negativas de este estilo «acuerdista» es que desmoralizaba y desmovilizaba a la militancia. Esta crítica estaba dirigida directamente contra Líber Seregni y el Partido Comunista.

En segundo lugar, tampoco las propuestas programáticas del FA conformaban a los tupamaros. Contra lo que podía esperarse teniendo en cuenta que lo que procuraba Sendic, otra vez, era construir un atajo al poder, desde el punto de vista programático, su propuesta de Frente Grande estaba «a la izquierda» de los planteos del FA en 1987. El propio Sendic lo subrayó en el mismo acto de diciembre 1987, realizado pocos días después de finalizado el I Congreso Ordinario del FA:

*«Deploramos que sobre una estafa descomunal como la deuda externa, no hubiera salido en el último Congreso del Frente Amplio una rotunda posición de no pago como salió en la reunión de centrales sindicales, sino una moderada y contemporizadora rebaja de intereses y demás, que no cuestiona a la deuda en sí [...]. En definitiva, estamos por la unidad, por la unidad sin exclusiones. Pero no reunimos para transar, para contemporizar con el gobierno. Tampoco estamos para transar con el que transa».*⁵¹

En tercer lugar, los tupamaros pensaban que el FA no constituía una herramienta útil para llevar adelante cambios porque era, apenas, una fuerza «montevideana». Decía Sendic, en 1987, con toda crudeza: «En el 71 se propició el voto dentro del Frente Amplio, pero seguimos con la tesitura de un Frente Grande sobre todo teniendo en cuenta la ineficiencia del Frente Amplio en el interior del país, que no es un movimiento nacional sino montevideano [...]. Vemos como elemento fundamental para crear un movimiento nacional el ingreso de nuevas fuerzas [...]».⁵² Aquí es donde ingresaba la propuesta de Frente Grande. Había que construir, rápidamente, un atajo al poder, incorporando nuevas fuerzas progresistas. Según el MLN-T, el FA no daba nuevos pasos en el camino hacia la unidad de las «fuerzas progresistas» porque en él predominaban intereses menores, «el intento de copar». Según Sendic, en algunos sectores predominaba el «cálculo pequeño»: «si hacemos un frente más amplio capaz que no somos mayoría en él, si nos unimos con otra gente quién sabe cómo queda la correlación de fuerzas acá».⁵³

Resumiendo, y para decirlo en los términos de Przeworski y Sprague, durante estos años, para los tupamaros el FA carecía, a la vez, de *amplitud* y de *profundidad*. Su política de alianzas no era suficientemente ambiciosa. Su programa tampoco. Aunque los grados de cariño hacia el FA eran variados dentro de la organización (era un poco mayor que el promedio entre los militantes que provenían del 26 de Marzo) era evidente que los tupamaros no demostraban un gran entusiasmo hacia el FA.

Por eso mismo, y teniendo en cuenta que la falta de simpatía era recíproca (transcurridos casi dos años desde la solicitud formal de ingreso el FA no se había expedido sobre el asunto), durante 1987 Raúl Sendic llegó a plantear la posibilidad de intentar crear un Frente Grande sin el Frente Amplio.

Según el testimonio de Eduardo Bonomi, esta idea fue defendida por Sendic en el Comité Central durante el segundo semestre de 1987, en el marco de las discusiones previas a las definiciones estratégicas de la IV Convención: «Durante las discusiones en el CC de 1987, viendo que no prosperaba el pedido de ingreso, Sendic planteó que no había que insistir con el ingreso al FA y que el MLN tenía que tener candidato presidencial propio, acumulando de alguna forma con el FA. La posición no prosperó en el CC».⁵⁴ A fines de diciembre, Sendic insistió públicamente en esta idea en el acto del MLN-T en el Estadio Franzini:

«Hoy, el Frente Amplio ya ha resuelto, digamos, su versión de Frente Grande, o sea una alianza con sectores políticos con los cuales pueda tener una coincidencia programática. Pero tendrán muchas dificultades para llevarlo a cabo. El Partido Nacional, que se había fermentado en sectores enfrentados cuando el voto a la ley de impunidad, ya se está recomponiendo y ofrece un frente interno bastante consolidado. La estrategia de su directorio es tener una sucursal a la derecha y otra a la izquierda y recolectar votos de todos lados (...). Hoy día tendría que haber un gran empuje del pueblo, una expresión de deseo de unidad, como aquella del Obelisco del '83, para obligar a las cúpulas políticas a modificar sus cálculos. Hoy es, sobre todo el votante del Partido Nacional, el que debe pedir cuentas a sus dirigentes. Él votó a un Partido Nacional que tenía una posición frontal contra los militares golpistas, al punto que su principal dirigente estaba preso. Él votó contra la banca extranjerizada, y por una reforma del campo a través de aquel programa que se le planteó como «Nuestro compromiso con usted». El compromiso no se cumplió y ahora los sectores que más o menos se mantuvieron fieles a él, parece que van a sumar sus votos con los que lo traicionaron, por conveniencia electoral. Era un compromiso con usted y usted tiene derecho a pedir cuentas. Frente a este panorama tenemos que construir la unidad desde abajo. Tal vez lo que los dirigentes políticos no consigan, lo logremos trabajando desde abajo, pacientemente, codo a codo, con hombres y mujeres de distintas tendencias. Tal vez los desengañados de algunos políticos no estén tan desarmados. Tal vez todos los condenados a vivir a la intemperie podamos unirnos. Tal vez, incluso, logremos una fórmula electoral (...).»⁵⁵

Diciembre de 1987 fue el momento más tenso de la relación entre el MLN-T y el FA. Días antes del acto del MLN-T, con el telón de fondo del I Congreso Ordinario del FA, había estallado una fuerte polémica entre *Mate Amargo* y *La Hora*, el diario que expresaba los puntos de vista del Partido Comunista del Uruguay.⁵⁶ La polémica fue desencadenada por un editorial muy duro de *Mate Amargo* publicado el 2 de diciembre en el que se reiteraban algunas de las críticas clásicas hacia el FA y se anunciaba la perspectiva de una «nueva unidad»:

«En el Frente Amplio, por otra parte, se desdibujan propuestas, conductas y hasta objetivos; y como consecuencia de ello, decae el apoyo activo de la gran columna frenteamplista independiente [...]. Cunden las vacilaciones y ya ni siquiera es lo más importante el problema de los ingresos, sino la falta de perspectivas de un proyecto que parece renegar de sus acuerdos constitutivos en aras de una, por lo menos torpe, estrategia electoral. Y así se pierde por la 'izquierda' y por la 'derecha', pues si de elegir 'moderados' se trata, ¿no es más atractivo un candidato de partido tradicional? Quizás la manera de salir del brete en que está la izquierda (encerrada en sus propias carencias y por iniciativa de la derecha), sea proponerse las nuevas formas políticas que unifiquen y proyecten el fenómeno más importante a nivel de grandes sectores: la formación de un Frente Popular que junte, con chance cierta, al país de alternativa. La tierra de nadie a donde se retiran los militantes frenteamplistas decepcionados es la misma que habitan también las huestes blancas traicionadas por su dirección partidaria. Y en esa tierra de nadie está germinando la semilla de la nueva unidad. La hora de la espera se termina».

El editorial generó un revuelo de proporciones en la izquierda. Apenas dos días después, los comunistas salieron al cruce y avivaron todavía más la polémica, acusando a los tupamaros de no haber aprendido nada del pasado, y de ser los «iluminados salvadores de siempre»:

«Resulta difícil de creer, pero nos rendimos ante la evidencia: hay fuerzas políticas que no aprenden absolutamente nada de la historia, que no han sido capaces del mínimo análisis autocrítico y siguen juzgando a los demás con la soberbia de los iluminados, de los únicos, clarividentes que se han asignado la misión de guiar como lazarillos a todos los partidos de izquierda [...]. El MLN diseñó –aunque no explícitamente– toda su política sobre la base de 'unificarnos' a todos detrás del liderazgo opositor de Ferreira Aldunate. Como el 'método' como supremo mecanismo para 'iluminar y despertar' al pueblo no dio resultado, ahora hay que sustituirlo por otro atajo, el del personaje ilustre. La historia es implacable con estas ilusiones y esquemas, y la mayoría del PN, a pesar de los cantos de sirenas entre las 'tentaciones' populistas y frentegrandistas del MLN y sus intereses de clase, decidió una vez más elegir por la impunidad, por las zonas francas, la compra de bancos fundidos y el apoyo al plan colorado».

El editorial de *Mate Amargo* no sólo había generado conflictos hacia fuera de la organización. También despertó críticas dentro de ella. Un documento interno sostenía que los tupamaros debían «estar abiertos a reconocer errores propios, como el que [...] cometió, en cuanto a la oportunidad y algunos aspectos de estilo, el mencionado editorial del 2 de diciembre» (MLN-T 1989: 80). De todos modos, vale la pena subrayar que el MLN-T, como organización, no cuestionó el *contenido* del editorial.

Desde luego, tanto Mujica como Fernández Huidobro se esforzaron por

argumentar que el Frente Amplio y el Frente Grande no eran ideas contradictorias. En el Acto del Franzini en diciembre de 1987, Fernández Huidobro había formulado esta idea en los términos siguientes:

*«Nuestra idea de Frente Grande busca acumular fuerzas para los cambios urgentes, para enfrentar la crisis y para la resistencia al fascismo. Para la creación también de mayores niveles de conciencia. Constituye un avance nuevo en el proceso de unidad popular que no lo entendemos paralizado, ni lo queremos paralizar. No es de ninguna manera, nunca lo fue, antagónico con el Frente Amplio, itodo lo contrario! Nosotros somos partidarios de que el Frente Amplio sea la vanguardia en la postulación de esta idea, y trataríamos por todos los medios de convencer a los compañeros del Frente Amplio que deben tomar y enarbolar ellos, en bloque, esta bandera».*⁵⁷

La relación con el FA siguió siendo muy tensa a lo largo de todo el año 1988. Sin embargo, la campaña de recolección de firmas concentró los principales esfuerzos de la izquierda. El alejamiento de la lista 99 y del PDC, generó la oportunidad que habilitó el ingreso de todos los grupos que lo habían solicitado. El 20 de mayo, finalmente, por decisión del Plenario del FA, el MLN-T pasó a formar parte de la coalición de izquierda. Simultáneamente, se creaba el Movimiento de Participación Popular.

El «polo revolucionario» en el FA: la creación del MPP

La idea de combatir el «reformismo» desde dentro del FA no era nueva. Con ese objetivo, a principios de 1973, el MLN-T había propiciado, a través del Movimiento de Independientes 26 de Marzo, la creación de la «Corriente». En esta fracción, además del 26 de Marzo, participaban, entre otros, la lista 99 de Zelmari Michelini, la Unión Popular del senador Enrique Erro y el Movimiento de Independientes 26 de Marzo. Según su Declaración Constitutiva, «uno de los objetivos fundamentales de la Corriente será contribuir a un mayor dinamismo del Frente Amplio, procurando que su línea sea cada vez más unitaria, firme y combativa».⁵⁸

En el Informe del CC del MLN-T a la IV Convención, luego de caracterizar la etapa como un tiempo de «fortalecimiento del frente burgués», los tupamaros insistieron en la idea de recrear la experiencia de la «Corriente»: «Aún en la presente y difícil coyuntura que vive el movimiento popular, el MLN-T no debe cejar en sus esfuerzos por aglutinar un polo revolucionario entre las fuerzas que integran o no el FA. Mantener el mutuo respeto, la solidaridad y la cooperación práctica con todas las organizaciones políticas de la izquierda y centro del país. No agredir, pero no dejar de sostener, fraternalmente, los principios revolucionarios. Luchar con argumentos e ideas para cambiar un estado de cosas que, a la larga, desalentará a las grandes masas. Nuestra experiencia de los últimos dos años nos indica que las direcciones de casi todas esas fuerzas políticas, han caído en el retroceso ideológico».⁵⁹

Fue en estos términos, precisamente, que Fernández Huidobro planteó por primera vez públicamente la propuesta de recrear la experiencia de la «Corriente». En el ya referido acto del Franzini de diciembre de 1987 terminó

su discurso diciendo:

*«El MLN, por mi boca y en este acto, se ofrece, acepta ese desafío histórico del pasado y del futuro, llama y convoca a todos nuestros fraternales compañeros del pasado, hermanados con nosotros en muchas cosas, a cumplir esa tarea histórica. Tres entonces son nuestras propuestas, compañeros: el Frente Grande; el Frente Amplio; y un movimiento político que exprese a quienes hoy –viejos y jóvenes, organizaciones o militantes independientes– estamos por el poder popular, pleno, plural, libre, participativo, sin hegemonismos, sin aparateos, solidario, por la unidad sin exclusiones, contra las burocracias, los autoritarismos, los dogmas, independiente, que tenga, de ser posible, también una expresión electoral concreta a la que vamos a apoyar, porque vamos a participar activamente en las elecciones, y que sea revolucionario, que luche sin ningún lugar a dudas por la liberación nacional y por el socialismo».*⁶⁰

Durante 1988 y comienzos de 1989 se realizaron múltiples contactos con vistas a la creación del nuevo grupo. Según el relato de Mazzeo (2005:27-29), en la construcción del MPP fueron decisivos algunos dirigentes del MLN-T como Fernández Huidobro, Jorge Quartino, Eduardo León Duter, Eduardo Bonomi, el PVP, representado fundamentalmente por Hugo Cores y Carlos Coitiño, y un puñado de independientes como Carlos María Gutiérrez, Helios Sarthou, Jorge Durán Mattos y Marcos Abelenda.

El MPP, como antes la «Corriente», nació luchando contra el «reformismo». Para muchos tupamaros, entre ellos, Fernández Huidobro, las grandes alianzas populares en las que insistían los *frentegrandistas* eran compatibles con el fortalecimiento del perfil revolucionario del Frente Amplio. Pero insistían en que el Frente Amplio no debía desplazarse hacia el centro. En plena crisis del Frente Amplio, a comienzos de 1989, Eduardo León Duter exponía la posición del Comité Ejecutivo del MLN-T en los siguientes términos:

*«Muchos todavía se preguntan qué pasó, por qué se fue Batalla. Nosotros tenemos una interpretación: creemos que dentro del PGP, [...], ha triunfado la postura de quienes desde 1985 vienen planteando una emigración a posiciones «centristas», un alejamiento de la izquierda definiendo un espacio de «centroizquierda», apostando a otros tipos de salidas diferentes a las que postulaba el Frente Amplio. [...]. Desde la izquierda, donde nosotros estamos ubicados, advertimos que un «corrimiento» hacia ese centro no fortalece al movimiento popular sino que implica un debilitamiento. Los grupos de izquierda que se corren hacia allí terminan transformándose en grupos de centro. [...]. No sirve la táctica de correrse al centro para favorecer al surgimiento de ese sistema de alianzas. Y menos la de romper la unidad de la izquierda con ese objetivo».*⁶¹

El MLN-T y el asalto a La Tablada

Una prueba adicional de cómo se combinaban amplitud y profundidad en el

MLN-T de estos años fue la posición asumida por la organización ante el asalto al cuartel de La Tablada en Argentina. En la madrugada del 23 de enero de 1989, medio centenar de guerrilleros del Movimiento Todos por la Patria (MTP) orientado por el ex líder del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) Enrique Gorriarán Merlo, atacaron el cuartel del Regimiento 3 de La Tablada (Capital Federal) en el cual, según la información que manejaban, se estaba gestando un nuevo complot militar de los «carapintadas» (en la línea del levantamiento del coronel Aldo Rico en marzo de 1987 y del amotinamiento en Campo de Mayo que lideró el coronel Mohamed Ali Seineldín en diciembre de 1988).

Este hecho generó una polémica muy fuerte entre el MLN-T y el resto de la izquierda. Mientras la Mesa Política del Frente Amplio declaraba su «más firme rechazo a las acciones foquistas o terroristas de cualquier signo utilizadas como método para el logro de fines políticos», el Comité Ejecutivo del MLN-T emitía una declaración en la que la solidaridad con los caídos prevalecía notoriamente sobre la crítica al ataque armado: «los compañeros se equivocaron gravemente según nuestra humilde opinión de orientales que no conocen a fondo ni sufren en carne propia la situación argentina. Pero son compañeros y pagaron con su vida. Ya es suficiente. Ahora hay que tener, aunque más no sea, un poco de respeto y vergüenza con los caídos».⁶² La solidaridad con el MTP no fue mera retórica: de hecho, el MLN-T tenía una estrecha relación política con el MTP y puso militantes y estructura logística al servicio de esta organización luego del ataque fallido a La Tablada.

La posición del Comité Ejecutivo del MLN-T fue acompañada rotundamente por Sendic quien, incluso, elogió algunos aspectos militares de la operación: «La parte del operativo que culminó con la toma del cuartel es impresionante [...]: era una base supuestamente inexpugnable de los carapintadas y entraron en ella y en el cuartel vecino exitosamente».⁶³ La posición de Sendic fue terminante: más allá del acierto o el error en cuanto a la oportunidad de la acción realizada, los atacantes de La Tablada eran revolucionarios y los tupamaros debían ser solidarios con ellos (Blixen 2000: 335).

4.6.El debate sobre la participación en listas electorales

El MLN-T ingresó al FA, convocó a la formación del MPP pero no autorizó a sus miembros a integrar las listas para la elección de noviembre de 1989. No fue una decisión cupular ni antojadiza. En realidad, los tupamaros venían discutiendo sobre qué posición adoptar en esta instancia por lo menos desde la IV Convención. El debate se procesó en sus principales instancias orgánicas: Comité Ejecutivo, Comité Central y en asambleas zonales de militantes. Incluso, a pedido expreso del MPP, volvieron a discutir su posición contraria a la participación electoral en un Comité Central ampliado convocado exclusivamente con ese fin (20 de agosto de 1989). La posición inicial se ratificó porque era la que reflejaba mejor a la mayoría de los militantes. Los testimonios coinciden en que si los partidarios de integrar listas al Parlamento hubieran intentado forzar el apoyo de la organización a esta posición, el MLN-T se hubiera quebrado.

En este tema, como suele ocurrir en la historia del MLN-T, prevalecieron los argumentos de coyuntura sobre las justificaciones teóricas o derivadas de principios. Por ejemplo, los *frentegrandistas* tendían a estar en contra. Pero no por razones de principios sino de coyuntura. Pensaban que la inclusión de tupamaros en las listas del MPP podía ser contraproducente desde el punto de vista político, y separar al MLN-T de la gente. Algunos, como por ejemplo los integrantes del Frente Juvenil, llegaban a esta conclusión tomando nota del clima de creciente malestar y desconfianza hacia los partidos políticos que percibían en las organizaciones sociales en las que estaban insertos. Otros, como Canalda y Piccardo, priorizaban una línea de razonamiento diferente: pensaban que era un grave error político sumergir a los dirigentes tupamaros en listas electorales de un MPP estrecho, concebido como «polo ideológico revolucionario».

En ese pronunciamiento negativo a la participación en listas al Parlamento se mezclaron razones políticas y cuestiones emocionales. Las razones políticas no necesariamente derivaban de un rechazo a la democracia en el plano de los principios. En realidad, muchos tupamaros pensaban, como los integrantes del Frente Juvenil, que la gente más descreída de la política podía no entender esta decisión. Pero más importante que el factor racional fue el emocional. Decía Carlos Casares en un reportaje en la revista *Aquí*: «Creo que hay un sentimiento generalizado entre muchísimos viejos militantes del MLN-T que hoy no consiguen ver del todo a sus compañeros en el papel de parlamentarios. Tal vez sea un proceso de maduración, de tiempo, pero objetivamente existe y nosotros lo valoramos».⁶⁴

Esta decisión fue muy mal recibida por el MPP, que le reclamó con insistencia al MLN-T que autorizara la inclusión de los nombres de algunos ex guerrilleros en las listas para la elección a cargos nacionales y departamentales de noviembre de 1989. En particular, a nadie se le escapaba que, durante esos años, Eleuterio Fernández Huidobro se había transformado en un personaje muy popular dentro de la izquierda más radical. Antes de 1985, se sabía que había tenido un papel fundamental en la creación del movimiento guerrillero, en la redacción de sus principales documentos teóricos, y en la preparación y ejecución de importantes operativos militares. A partir de la inserción del MLN-T en la legalidad, muy rápidamente, Fernández Huidobro exhibió públicamente nuevos atributos políticos, en particular, una peculiar capacidad para la comunicación tanto escrita como oral. En esos años, escribió numerosas columnas para *Mate Amargo* y algunos de sus principales libros sobre la peripecia del movimiento guerrillero. Era, desde luego, uno de los dirigentes más demandados para participar en las «mateadas». Su popularidad dentro de la izquierda radical quedó de manifiesto en la elección de la dirección nacional del MPP celebrada el 1° de julio de 1989. Participaron en el escrutinio cerca de 4.000 adherentes. Fernández Huidobro fue el dirigente más votado, con 2.339 votos, seguido de Helios Sarthou con 2.317. Sin embargo, el MPP debió esperar al año 1994 para poder contar con él, y con otros tupamaros, en sus listas.